

Jean-Louis Chrétien. *El arca de la palabra*. Editorial Notas Universitarias, 2025, 192 pp. ISBN: 978-607-5913-27-8.

Esta obra de Jean-Louis Chrétien (1952-2019) fue publicada originalmente en 1998 (*L'arche de la parole*, Presses Universitaires de France), pero carecía de una versión en español. Esta cuidada traducción del original realizada por Leonardo Rodríguez Duplá (catedrático de filosofía moral en la Universidad Complutense de Madrid), brinda al lector hispano-hablante la ocasión de acercarse por vez primera –o quizá volver de nuevo– a la obra de quien es, tal vez, uno de los pensadores del siglo pasado que ha asumido con más originalidad los hallazgos de la filosofía fenomenológica; prueba de ello son otros libros del autor que también han sido traducidos: *Lo inolvidable y lo inesperado*, 2002 y *La mirada del amor*, 2005 (Ed. Sígueme) o *Del cansancio*, 2014 (Ed. Mardulce). En este caso es la palabra, con su “poder de cobijar lo inaudito” (p. 83), el testigo del que se sirve Jean-Louis Chrétien para confirmar el fruto más resonante de la *epoché* que propone Husserl: la intencionalidad como constante de nuestra no-ajenidad a la extrañeza indócil del mundo. Pues, en efecto, la palabra –sacramento de lo otro– no se deja definir sin más como instrumento que sirve al análisis de una subjetividad que construye sentido (“palabra de captación”), sino que se reivindica incansablemente como aliento del *ser* (“palabra de revelación”, p. 23).

Insumiso a la auto-restricción que se impone toda filosofía puramente analítica, el ensayo de Jean-Louis Chrétien explora la posibilidad de pensar en aquellas acciones en que la palabra se muestra como revelación “hospitalaria” de cuanto es: *escuchar* (“la palabra que oye lo inaudito en lo que dice el otro”, p. 26); *orar* (“la palabra que se deja herir por la alteridad radical”, p. 55); *callar* (“la palabra que apunta al silencio del principio, del que nadie ha sido ni será nunca contemporáneo”, p. 91); *dar la belleza* (“la palabra que se hace acontecimiento y nos libra del esteticismo en vez de amenarzarnos con él”, p. 120); *ofrecer el mundo* (“la palabra que recoge lo que las cosas quieren decir pero no pueden proferir”, p. 178). He aquí una nota de cada uno de los cinco capítulos que componen este ensayo con el que Chrétien medita, con la libertad que da el conocimiento de la tradición, sobre la inmensa riqueza que bulle en cada una de esas acciones de la palabra.

El libro, en efecto, llega a abrumar al lector por la cantidad y variedad de *oyentes* de estas acciones de la palabra que son convocados: no sólo desde las filas del pensamiento filosófico (Platón, Aristóteles, Plotino, Filón de Alejandría,

Agustín, Saint-Thierry, Malebranche, Kant, Kierkegaard, Levinas, Heidegger, Merleau-Ponty, Jaspers...) y teológico (Tomás de Aquino, Buenaventura, Thomassin, Barth, Balthasar, Lubac...), sino también desde la frontera de la mística (Dionisio Areopagita, Tauler, Silesius, Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Luis de León, Bérulle...) y la patrística (Justino, Clemente, Ireneo, Hilario, Máximo el Confesor...), o la particular sensibilidad de la poesía y el drama (Esquilo, Rilke, Claudel, Keats...) e incluso la pintura (Durero, Van Gogh). Estos son algunos de los nombres más conocidos que dan vida en el texto de Chrétien a un dilatado fresco de lecturas e ideas que no se yuxtaponen, pues son invocadas con la intención de dar forma a una conversación que, si bien por momentos se torna algo dispersa y poco académica, no por ello deja de ser rigurosa dada su densidad conceptual.

Si hay un punto en que todo converge es el reclamo convencido de la natividad religiosa de todas esas acciones *hospitalarias* del lenguaje humano a la luz de esa “primera palabra” de la revelación de Dios que es la encarnación de su Verbo. Con ello, Jean-Louis Chrétien relega a la categoría de artificio la crítica hacia el giro teológico de la fenomenología (D. Janicaud, *Le Tournant théologique de la phénoménologie française*, Éditions de l’éclat, 1990). El autor considera que es la propia elocuencia de las cosas la tierra fértil de la expresividad divina de la naturaleza del mundo y de la sensibilidad cristológica del espíritu del hombre. Chrétien encuentra en la meditación sobre “el orden cristiano” (p. 144) una fenomenología de la palabra a partir de la cual poder encauzar (¿por qué no?) toda filosofía del lenguaje. La encarnación del Verbo no se presenta –según la mayoría de los testigos consultados– como Presencia de lo inapelable que “dicta” qué puede decir cuanto es, sino como *Logos* que se “incorpora” a la fenomenidad propia de la voz de la existencia mundana. En este sentido, el profesor Philippe Capelle-Dumont (*Fenomenología francesa actual*, Ed. Unsam, 2009, pp. 91-102) vincula este libro de Chrétien con otra obra de Jean-Yves Lacoste (*Experiencia y absoluto*, Ed. Sígueme, 2010) como muestra de una “nueva fenomenología” que se propone describir aquellos vínculos, raramente observados, que conectan lo que es con su Origen prestando atención al carácter que reclama cuanto es como figura del Infinito.

La verdad es que quienes acompañan a Chrétien en *El arca de la palabra* han practicado ya esa “nueva fenomenología” dado que, tal vez por habitar un mundo ajeno al factor digital –la versión contemporánea de lo que llama Heidegger “el Uno” (*das Man*), la cháchara que anonimiza–, han exprimido a fondo su condición (que aun es la nuestra) de oyentes de la palabra y, como tales, su capacidad de

transformar el silencio en Logos apelable, de desvelar la Belleza que asombra toda belleza y de ser sensibles al canto eucarístico del mundo.

A casi treinta años de su primera edición *El arca de la palabra* no ha perdido actualidad; porque, siendo hoy la palabra la dignidad humana más damnificada – “la vulgaridad desdeñosa, escribe Chrétien, vive a espensas del que la escucha, y entonces ya no hay nada entre la desnudez de lo indecible y el *prêt-à-porter* de las fórmulas ya preparadas” (p. 26)–, cómo extrañarse de que la occidental haya dejado de ser una cultura matinal al quebrarse en su voz la palabra (*de Dios*) que “canta el canto que será” (p. 155).

Este es un libro que no está destinado tan sólo al lector especializado a quien resultan familiares los nombres e ideas que permiten al autor hacer las veces del “padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas” (Mt 13, 52), sino a todo aquel que no quiere negarse la condición de oyente para conocer aquello que la palabra puede hacer por él: dar voz a su vocación. Demos la bienvenida a esta traducción que permite al lector en español captar la hondura poética con que el autor medita sobre la condición hospitalaria de la palabra.

Juan Manuel Cabiedas Tejero  
*Universidad Pontificia de Salamanca*